

Intervenciones del arquitecto Alejandro Ferrant en el Real Monasterio de Vallbona de las Monjas durante la dictadura franquista (1955-1968)

MARTA HUETE CASANOVAS
UNIVERSITAT AUTÒNOMA DE BARCELONA

*Restoring Works directed by the Architect
Alejandro Ferrant in the Royal Monastery
of Vallbona de las Monjas during
Franco's dictatorship (1955-1968)*

RECIBIDO: 21-01-2019

EVALUADO Y ACEPTADO: 27-02-2019

TERRITORIO, SOCIEDAD Y PODER, nº 14, 2019 [pp. 59-84]



RESUMEN: El monasterio de Santa María de Vallbona ha sido, desde su fundación, el centro cisterciense femenino más importante de Cataluña. No obstante, su estado de conservación se ha visto muy afectado desde inicios del siglo XIX, debido a acontecimientos provocados por la convulsa situación social, política, y económica de España, algo que perduraría hasta la Guerra Civil. La situación se vio agravada por la alarmante situación económica de su comunidad, que impedía realizar las intervenciones más necesarias en un momento donde la conciencia patrimonial era casi

inexistente. En este artículo se tratan las intervenciones realizadas en el edificio por parte de Alejandro Ferrant Vázquez, arquitecto conservador de la Cuarta Zona entre 1940 y 1976. Sus obras de restauración supondrían, para el monasterio, un acondicionamiento general de su estructura después de la Guerra Civil y el programa de restauración más amplio y completo realizado hasta entonces en el monumento.

PALABRAS CLAVE: Vallbona. Monasterio. Restauraciones. Alejandro Ferrant. Franquismo.

ABSTRACT: The monastery of Santa María de Vallbona has been, since its foundation, the most important cistercian feminine center of Catalonia. However, its state of conservation has been severely affected since the beginning of the XIX century. The multiple events caused by the convulsive political, social and economic situation until the Spanish Civil War, aggravated by the alarming poverty of its community, prevented the realization of the most necessary interventions as at the time patrimonial consciousness was almost inexistent.

This article covers the interventions done in the Monastery by Alejandro Ferrant Vázquez, conservator architect of the Fourth Zone between 1940 and 1976. His restoration works supposed the general reconditioning of the structure after the Civil War and represented the largest and the most complete restoration program of the monument until that moment.

KEYWORDS: Vallbona. Monastery. Restorations. Alejandro Ferrant. Francoism.

El Real Monasterio de Santa María de Vallbona de las Monjas constituye desde su fundación uno de los centros cistercienses femeninos más importantes de la Península. Evolucionando rápidamente, se conformó ya desde la Edad Media como el centro femenino de la Orden de Císter con más poder de toda la Corona de Aragón: los sepulcros de Sancha de Aragón y Violante de Hungría ubicados en la capilla mayor, su proyección arquitectónica, así como el gran número de donaciones y ofrendas de los que gozó. De hecho, es el único monasterio catalán que, desde su fundación hasta nuestros días, ha mantenido su comunidad de forma ininterrumpida. Mucho se ha escrito sobre este monumento, aunque su historiografía está profundamente marcada por algunos aspectos que, sin quererlo, se han convertido en tendencias que han provocado vacíos de información sobre algunos aspectos de su pasado: lo que más encontramos es un interés generalizado sobre una Santa María de Vallbona sobretudo medieval. No negaré la existencia de estudios centrados en épocas posteriores como los siglos xvii o xviii, pero a medida que se avanza en el tiempo, el interés en la historia del edificio disminuye. El problema se agrava cuando en numerosas ocasiones se trabaja el monasterio en conjunto con los de Poblet y Santas Creus que, tradicionalmente, han suscitado mucho más interés para los investigadores, generando por lo tanto —sobretudo Poblet— un volumen historiográfico realmente desproporcionado en relación al del centro femenino.

De este modo, nos encontramos con un vacío incomprendible en la historia más reciente de Vallbona, cuando es paradójicamente durante los siglos xix y xx cuando sufrió las mayores transformaciones tanto a nivel patrimonial, jurisdiccional, económico y monumental, como en lo referente a la organización de su comunidad. Uno de estos grandes cambios corrió a cargo del célebre arquitecto conservador Alejandro Ferrant, quien intervino de forma general en el conjunto entre los años cincuenta y sesenta del pasado siglo, empezando a conformar la imagen del edificio que vemos hoy en día.

I. DINÁMICAS PATRIMONIALES EN LA ESPAÑA POSTERIOR A LA GUERRA CIVIL

El inicio del siglo xx supuso un antes y un después para el patrimonio monumental tanto a nivel español como europeo. La nueva concepción de la importancia del pasado se materializó sobretudo a partir de la década de 1930, cuando se intentaron definir las líneas básicas de actuación en la restauración mediante el establecimiento de unos principios de aceptación general, que debían basarse en el respeto por el edificio, el abandono de las restituciones completas, la supresión de aquellos elementos externos a los bienes inmuebles que pudiesen comportar su deterioro o la necesidad de creación de un servicio de conservación regular y per-

manente en cada estado, entre otros. Dichos principios se difundieron a través de asociaciones enfocadas a la protección monumental, como por ejemplo la *Society for the Protection of Ancient Buildings* de Londres y otros encuentros internacionales. En este campo destaca la Conferencia Internacional de peritos para el estudio de los problemas referentes a la protección y conservación de los monumentos artísticos e históricos, organizada por la Oficina Internacional de Museos y celebrada en Atenas en octubre de 1931. Fue en esta conferencia donde se redactó la Carta de Atenas, el consensuado manifiesto que constituyó un modelo a seguir en lo que respecta a las directrices de conservación y restauración patrimonial. El mismo gobierno español se basó en ella para la creación de la Ley del Tesoro Artístico, de la Ley del Tesoro Artístico el año 1933, la primera ley de protección patrimonial en España. Esta nueva y creciente conciencia patrimonial actuó como causa principal en las designaciones del título de Monumento Histórico Nacional sobre un gran número de edificios, entre ellos el monasterio de Vallbona a partir del 3 de junio de 1931. La evolución que debería haber comportado este fenómeno en todo aquello relativo tanto a obras de restauración sufragadas por las autoridades como al desarrollo de una nueva mentalidad, más respetuosa con el pasado material, se vio cortada en seco por la Guerra Civil. El conflicto bélico español no solo supuso perder la oportunidad de subsanar todos los daños que el patrimonio histórico del país había sufrido menos de cien años antes, también significó la destrucción de muchos de los bienes, tanto muebles como inmuebles, que habían conseguido salvarse.

Los acontecimientos acaecidos durante la guerra provocaron que, en los primeros años de dictadura, se llevaran a cabo un gran número de actuaciones con el propósito de intentar enmendar los desperfectos ocasionados. No nos tiene que sorprender en exceso el gran despliegue económico destinado a estas operaciones —que sin duda fueron muchísimas y muy costosas— dada la dureza de la posguerra, si enlazamos el carácter de éstas con la nueva ideología franquista. En efecto, para un régimen católico que pretendía ensalzar la gloriosa historia española

desde su propia perspectiva, se puede entender que la reparación de antiguos monumentos cristianos, destruidos y profanados por los sectores más radicales del bando perdedor de la contienda fuese una prioridad para el dictador y su nuevo gobierno, con fines claramente propagandísticos.

El monasterio de Vallbona no fue una excepción. Antes de las intervenciones de Alejandro Ferrant en los años cincuenta, el arquitecto Cèsar Martinell ya había elaborado un proyecto de restauración dedicado al cenobio cisterciense el año 1942 (Mignorange Ricart, 1998: 50). En el informe, conservado en el Archivo Alejandro Ferrant Vázquez (AAFV) y disponible en la Biblioteca Nicolau Primitiu de Valencia, se hace una valoración de los daños sufridos durante la Guerra Civil y del coste de su reparación, juntamente con una memoria donde se especifican las intervenciones más urgentes que debían llevarse a cabo junto al correspondiente presupuesto. Este documento fue tomado posteriormente por Ferrant para realizar sus primeras obras en el monasterio, hecho fácilmente comprobable si se comparan ambos informes. Del proyecto de Martinell, enfocado sobretudo a un acondicionamiento general del templo y las zonas privadas de las monjas para garantizar una mínima cobertura a la comunidad, sólo llegó a realizarse una parte (fig. 1).

De este modo, Alejandro Ferrant fue el principal responsable de las primeras intervenciones realizadas a gran escala en el conjunto monástico hasta que, en 1985, por parte de la Generalitat de Cataluña se llevarían a cabo las obras que convirtieron el edificio en lo que podemos ver hoy en día.

II. ALEJANDRO FERRANT, ARQUITECTO CONSERVADOR DE LA CUARTA ZONA (1940-1976)

La difusión de las políticas de conservación monumental en España trajo consigo la creación de órganos específicos para la ejecución de las nuevas leyes patrimoniales, a su vez controlados por el Gobierno. La Junta del Tesoro Artístico, creada durante la Segunda

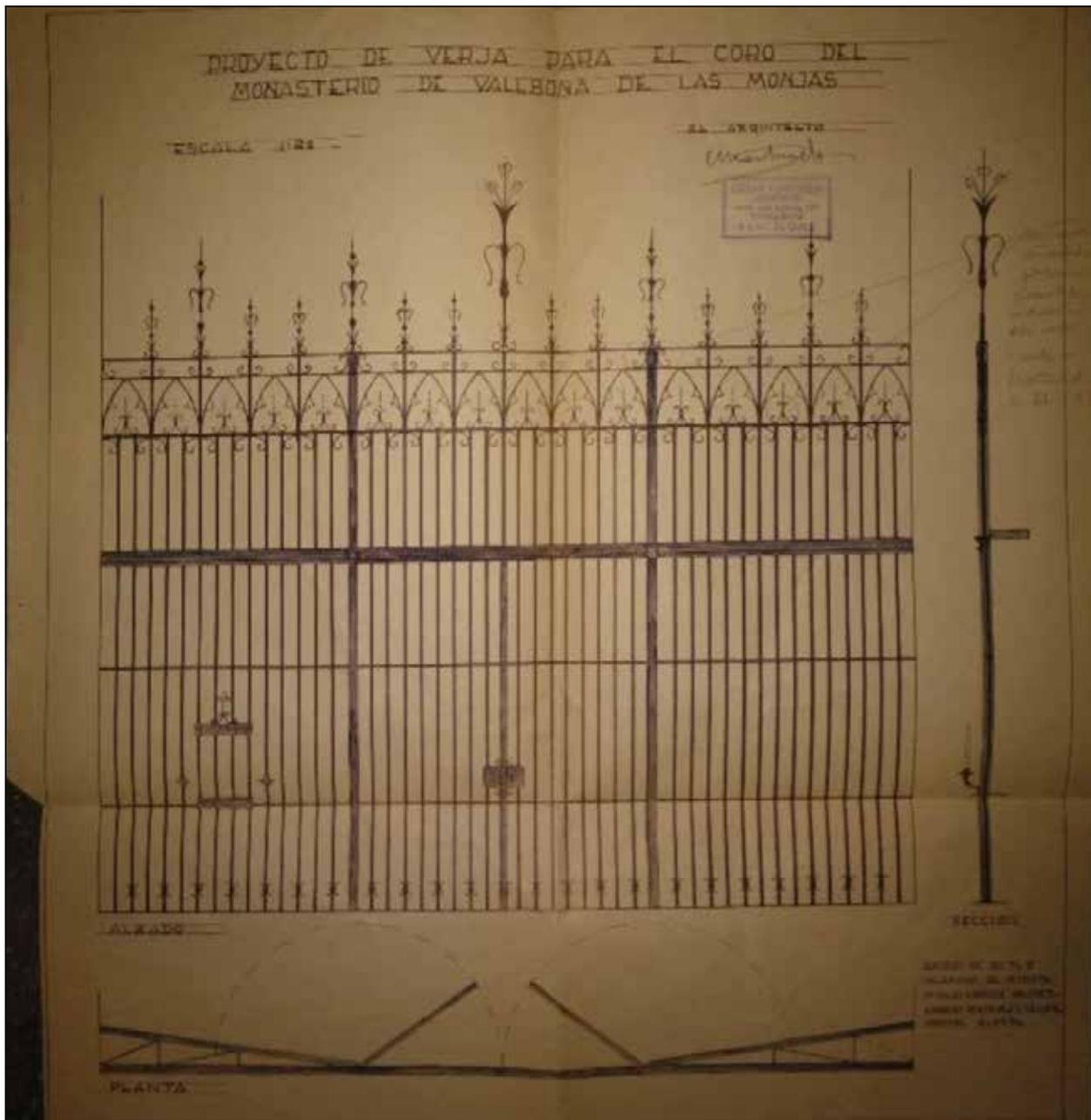


Fig. 1. Proyecto de verja para el coro hecho por Cèsar Martinell pero que no se materializaría hasta 1955 con la donación hecha por un importante industrial barcelonés, Arxiu Alejandro Ferrant Vázquez, Biblioteca Nicolau Primitiu, Valencia.

República, sería la responsable a nivel estatal de llevar a término dicho objetivo. A partir de la división del territorio español en seis zonas distintas, un arquitecto conservador debía dirigir las intervenciones necesarias en cada monumento y supervisar todos los aspectos referidos a ellas. Uno de ellos fue Alejandro Ferrant Vázquez (1897-1976), miembro del Cuerpo de Arquitectos Conservadores de Monumentos, quien se convirtió en el arquitecto conservador de la Primera Zona (provincias de Asturias, Coruña, León, Lugo, Orense, Palencia, Pontevedra, Santander y Zamora) a partir de su nombramiento como tal en la Real Orden 1.253 del 29 de julio de 1929 (Canet Guardiola, 2014: 43). Como tantos otros arquitectos españoles, Ferrant estuvo muy involucrado en el salvamento del patrimonio artístico durante los años de la Guerra Civil, para el cual se creó la Junta de Incautación y Protección del Tesoro Artístico.

Esta primera etapa de Ferrant se caracterizaría por su colaboración con el que hubo de ser primero su maestro y después su colega, Manuel Gómez-Moreno. Sería gracias a su enorme influencia que Ferrant se convertiría en lo que podríamos llamar un precursor de las teorías conservadoras y restauradoras actuales —sin tener en cuenta sus limitaciones—, ya que lo que más le caracterizó fue su visión científico-arqueológica de la restauración monumental, un campo que en aquel momento aún no disponía de una base firme (Esteban Chapapría y García Cuetos, 2007: 16). El fin del conflicto y el inicio del régimen franquista trajo consigo innumerables cambios y una readaptación de los órganos estatales y administrativos a escala nacional. En el ámbito patrimonial y teniendo en cuenta los grandes daños que éste había sufrido durante la contienda se creó, ya el 1938, el Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional, formado a partir de la remodelación de la Junta de Incautación y Protección del Tesoro Artístico, un servicio de protección de bienes artísticos que el gobierno republicano había creado en 1936 con el objetivo de reparar, conservar y reconstruir aquellos bienes artísticos deteriorados y/o desaparecidos durante la guerra (Saavedra Aras,

2016: 75-76). Se dividió el territorio nacional en siete zonas, de nuevo bajo la dirección de un correspondiente arquitecto conservador, para poder gestionar las restauraciones convenientes a los edificios monumentales que lo necesitaran. Así fue como Alejandro Ferrant fue apartado de la primera zona para ser nombrado encargado de la cuarta, que comprendía en su totalidad Cataluña, Valencia y las Islas Baleares, cargo que desempeñaría hasta su muerte el 1976 habiendo actuado en esos 36 años sobre un total de 163 edificios, casi todos religiosos.

La particular metodología utilizada por Ferrant en todas sus intervenciones refleja un concepto mucho más científico que el de sus antecesores. Destacaba su respeto y prudencia ante el monumento, sobre el cual se aseguraba previamente de conocer su historia constructiva, para poder adaptar así su obra a las necesidades y problemas del edificio lo máximo posible (Esteban Chapapría y García Cuetos, 2007: 25). A partir de ahí, Ferrant solía repetir un orden de procedimientos independientemente del monumento del que se tratase. En primer lugar, para evitar el colapso del conjunto, el arquitecto se centraba en la consolidación de diferentes elementos antes de demoler o reemplazar algunas estructuras. Una constante sería la reparación de cubiertas y tejados que, dependiendo de su estado, podía solamente conllevar la reconstrucción de aquellas partes más deficientes tomando como modelo las originales o, en los peores casos, la eliminación completa de tejados y armaduras seguida de una reconstrucción total. Dicha intervención se solía desarrollar de forma independiente y al margen de las obras planeadas. En segundo lugar, dada su poca tolerancia respecto a todas aquellas estructuras añadidas paulatinamente en el tiempo el arquitecto acostumbraba a demoler todo aquello que no fuera —o que a él no le pareciera— de fábrica original; de este modo, una de sus prioridades sería devolver el aspecto más «original» y «puro» posible a todo monumento que pasase por sus manos. Por último, en tercer lugar y respecto a todo elemento derribado, en mal estado,

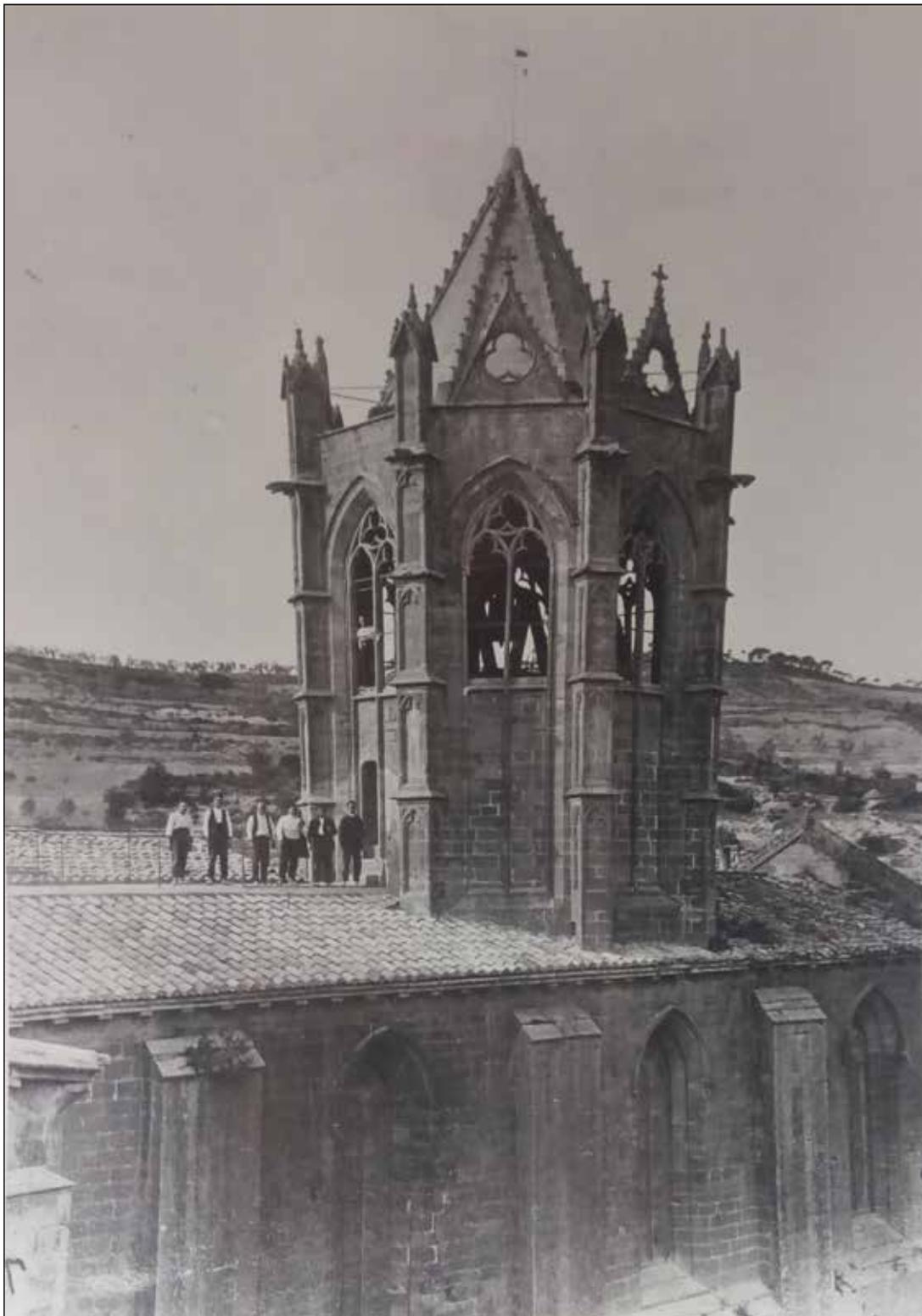


Fig. 2. Obreros del S.C.C.M. durante las intervenciones en el cimborrio-campanario de Vallbona de las Monjas, 1922-1924, Servei del Patrimoni Arquitectònic Local (SPAL).

desmontado o desaparecido, Ferrant era partícipe de su reconstrucción a partir de reproducciones fieles de otros que, por lo que fuera, sí que se habían conservado, intentando adaptar de este modo sus intervenciones el máximo posible a su entorno y dar una imagen lo más fidedigna posible de lo que habría sido su aspecto original.

III. ESTADO ESTRUCTURAL DEL MONASTERIO DE VALLBONA DE LAS MONJAS HACIA 1950

El estudio arquitectónico del monasterio de Vallbona del siglo XX requiere prestar atención a un aspecto clave: sus principales etapas constructivas. Conocer la historia estructural del edificio y sus transformaciones más destacadas resulta absolutamente imprescindible si queremos analizar correctamente las intervenciones de Ferrant en el monumento. De este modo, conviene que destaquemos brevemente tres momentos esenciales desde su primera construcción.

El primer dato relativo a la historia del edificio se fecha en febrero de 1178, momento en que la reina Sancha de Aragón compra y hace donación a las monjas del sitio de Vallbona, en la Catalunya Nova, para dedicarlo a la construcción de un monasterio regular. A partir de ese momento y hasta el año 1254, fecha inscrita en el sepulcro de Violante de Hungría, en el ábside mayor de la iglesia, es cuando situaríamos el primer período constructivo del actual monasterio. Delante de la falta de datos documentales específicos sobre la cronología estructural del edificio, se ha tenido que recurrir a la comparación estilística para poder delimitar un marco temporal en la construcción de las diversas partes de este primer monasterio. De este modo —y también gracias a la ya citada fecha del sepulcro de Violante— podemos situar en esta primera fase tanto la parte baja de los muros de la iglesia como su cabecera plana, cubierta con bóveda de cañón en las capillas laterales y bóveda de crucería en el santuario, así como la zona del crucero y el cimborrio con ventanales de arco apuntado, el que se ha consi-

derado en más de una ocasión como el primer cimborrio cisterciense de la diócesis de Tarragona. El cambio estilístico en la iglesia monacal se hace patente en la parte superior de los muros de su nave, en la que se puede observar una clara evolución hacia el gótico, visible en la ejecución del tímpano en la puerta monumental y la transición en los cuatro ventanales, ligeramente apuntados, en lo alto del muro septentrional. La ejecución del campanario gótico, realizado en tiempos de la abadesa Elisenda de Copons (1340-1348), culminó esta evolución de estilo (Petit Bordes, 2005: 71-73). Las diferencias estilísticas en la morfología de las distintas alas del claustro también muestran que, en su construcción, tuvieron distintas fases. Por la tipología de los arcos, capiteles, ojos de buey y bóvedas de crucería, Francesca Español ha considerado que la nave oriental se habría levantado de forma coetánea a la zona del crucero, eso es, a mediados del siglo XIII (Español, 1997: 575), un momento en el que también se habrían iniciado las construcciones de la cocina y refectorio —ahora desaparecidos— en el ala meridional. Por lo general, la distribución de estancias corresponde al tradicional esquema cisterciense, excepto por la sala capitular, que no es cuadrada sino rectangular y que no se encuentra anexa al brazo sur de la iglesia, sino que queda encajada justo entre ese espacio y la nave del templo, lugar normalmente dedicado al claustro. Un hecho que, según Núria Petit (2005: 81), podría responder al hecho que dicha estancia hubiera sido en un origen el edificio previo al monasterio, la conocida como Santa Maria la Vella de Vallbona, de la que se conserva documentación, pero ningún rastro arqueológico.

El auge constructivo del monasterio entre los siglos XII y XIV pone de manifiesto su próspero nivel económico y su importancia a nivel político, siendo durante esa época receptor de donativos y privilegios por parte de la realeza y nobleza de la Corona de Aragón. No obstante, partir del siglo XV la comunidad tuvo que enfrentarse a distintos problemas, achacados a menudo a un inicio de su decadencia. A nivel estructural, se pueden observar cambios más



Fig. 3. Retablo mayor neoclásico de la iglesia del monasterio de Vallbona de las Monjas antes de su destrucción en 1936, (Sans Travé, 2010: 238).

o menos notables en el aspecto del conjunto, como por ejemplo la construcción de viviendas particulares para las monjas entre los siglos XVI y XVIII. Los nuevos domicilios se situarían, por un lado, en una pequeña calle anexa a la cabecera de la iglesia bajo el nombre de *carrer de les Santes* y, por otro, en la planta superior del ala este del claustro, donde anteriormente se encontraba el dormitorio común, realizado en época gótica (Cusó Serra, 2008: 169). Cabe destacar también las remodelaciones que en época barroca se llevaron a cabo en el primer piso del ala oeste del claustro, de forma opuesta al antiguo dormitorio, en que se compartimentaron y actualizaron algunos espacios en favor de nuevas necesidades. En comparación con la primera fase, las transformaciones espaciales atribuidas a este segundo lapso temporal comprendido entre los siglos XV y XVIII, se podrían resumir en una readaptación parcial del espacio preexistente, pero sin ninguna construcción relevante. La situación económica de la comunidad del monasterio ha sido analizada por diversos autores, de entre los que destaca Josep Joan Piquer Jover en su *Abaciologi de Vallbona*. Si bien es cierto que la importancia del cenobio seguía siendo sin duda destacable, su posición iría decayendo paulatinamente hasta la llegada del siglo XIX, un hecho que se ve reflejado en la grave situación estructural en que se encontraba el conjunto arquitectónico ya durante la década de 1830 y que nos hace presuponer —independientemente de todos los sucesos que afectaron al monasterio de Vallbona y a su comunidad durante el siglo XIX— que el estado de conservación del mismo era un serio motivo de preocupación para la comunidad.

Después de las intervenciones realizadas en este segundo período, el monasterio se mantuvo sin muchos más cambios hasta la llegada del siglo XIX, cuando España se vio sumida en un caos económico, social y político provocado, en primer lugar, por la invasión francesa y, en segundo, por la crisis del Antiguo Régimen y la instauración del nuevo Estado Liberal. Por ello y por otros factores que expondremos a continuación, esta tercera fase supondría un punto de inflexión ya no para la co-

munidad, sino también para el monasterio, que se hallaba en un estado realmente alarmante, amenazando ruina en muchas de sus zonas. Como bien se sabe, el siglo XIX supondría un cambio radical para las comunidades monásticas españolas. Éstas tuvieron que afrontar momentos realmente difíciles a raíz de los movimientos revolucionario, anticlerical y desamortizador: fueron muchos los exiliados y las víctimas mortales pertenecientes a la Iglesia. Del mismo modo, un buen número de los monasterios y conventos fueron saqueados, vendidos o simplemente destruidos por efecto del abandono. No obstante, y contra todo pronóstico, ese no sería el caso de la comunidad de Vallbona. Las monjas —excepcionalmente algunos momentos esporádicos— lograron conservar su monasterio, aún soportando amenazas de todo tipo, viendo como sus tierras eran subastadas y subsistiendo con la nueva y mísera pensión que se les había asignado por parte del gobierno. A esto debemos sumar la llegada de cambios a nivel religioso, fruto de la creciente voluntad de vuelta a los orígenes, mayoritariamente centrada en las comunidades regulares que, durante los tiempos anteriores, se habían distanciado de la pureza y austeridad originales. De este modo, la comunidad de Vallbona votó a favor de la reimplantación de la vida comunitaria el 24 de noviembre de 1824 (Piquer Jover, 1978: 356). La decisión, aprobada por las autoridades cistercienses, se materializó en la construcción un gran cuerpo paralelepípedo de dos pisos con balcones siguiendo una disposición regular sobre la estructura medieval del claustro; su finalidad: albergar ahí las nuevas celdas de las religiosas. Dichas obras empezaron el año 1832 bajo la dirección del ex abad del monasterio de Lavaix y en aquel momento confesor de las monjas, Antoni Gilabert.

Desgraciadamente, debido a los altercados que asolaban el país y sólo un año después del comienzo de la nueva estructura, el 1833 se paralizaron las obras, que ya no se retomarían hasta 1877. Esto supuso una difícil situación para la comunidad si tenemos en cuenta que, en ese año, lo único que se había llevado a cabo había sido el derrumba-

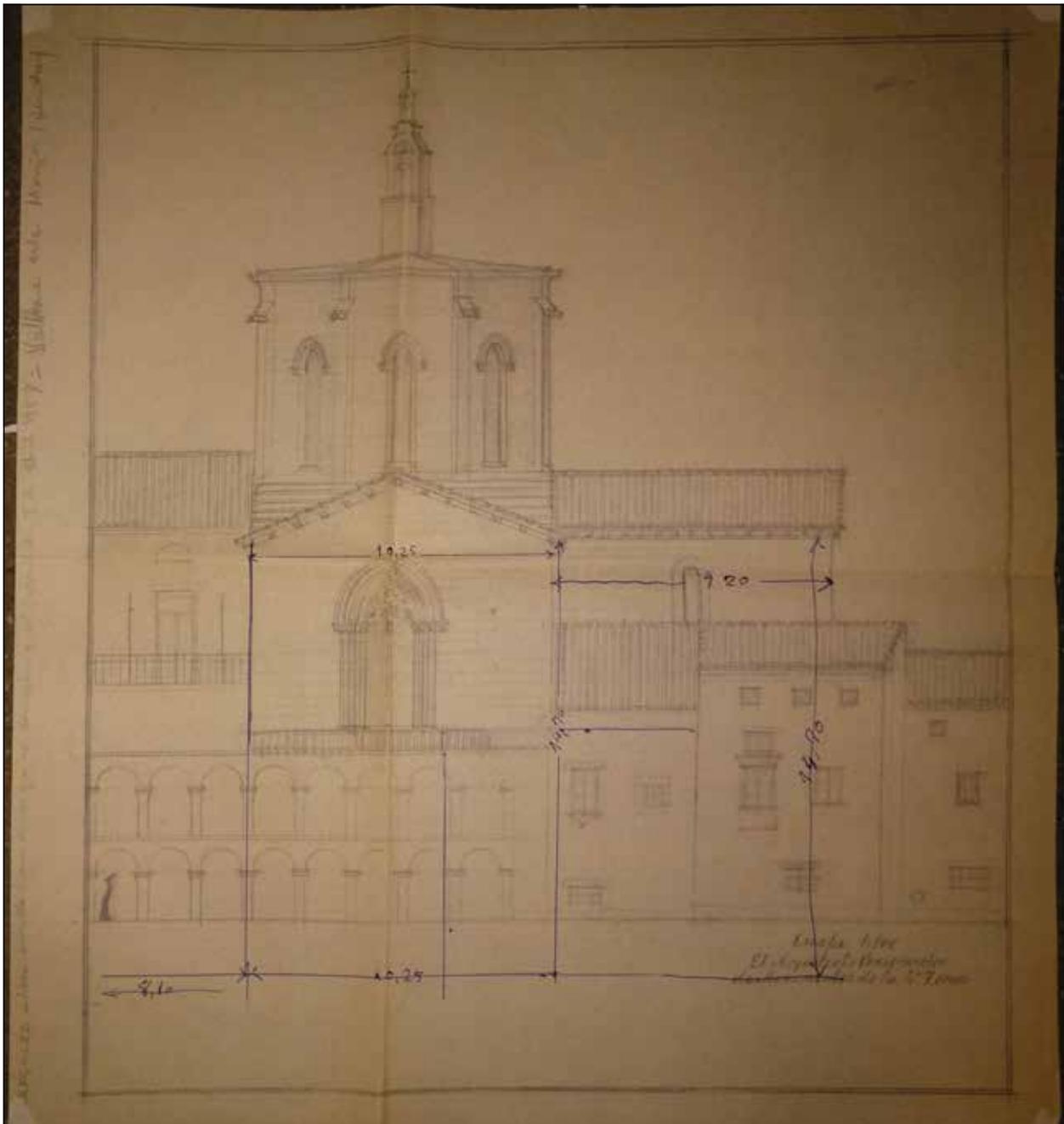


Fig. 4. Plano del alzado de la cabecera exterior una vez eliminadas las estructuras anexas, 1958, Arxiu Alejandro Ferrant Vázquez, Biblioteca Nicolau Primitiu, Valencia.

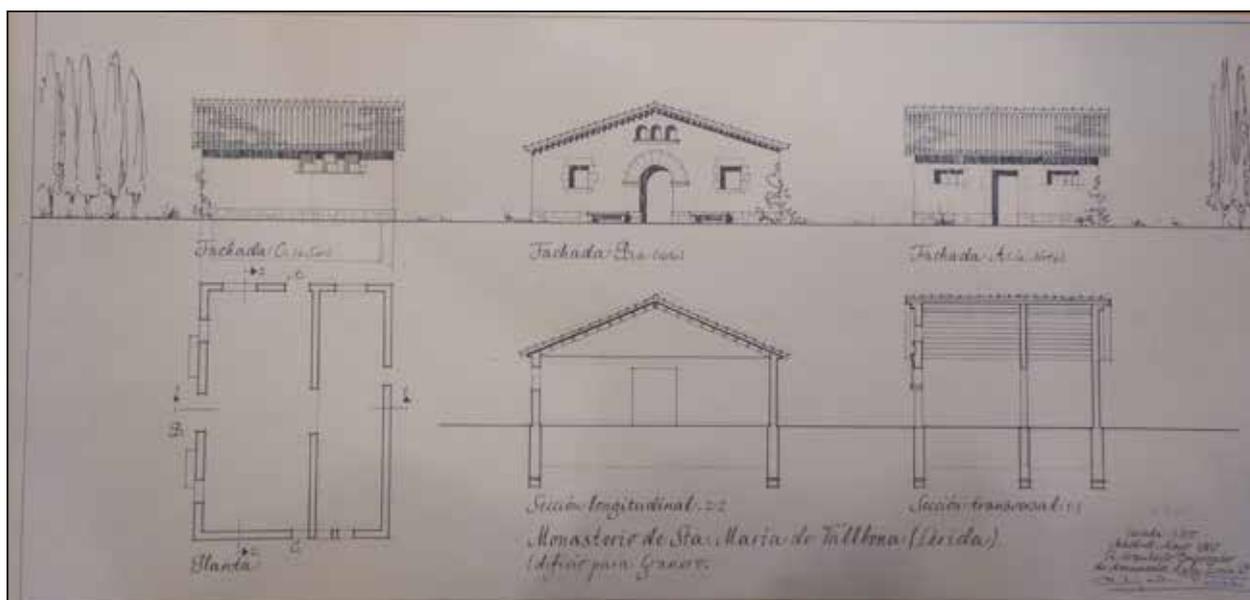


Fig. 5. Planos para la construcción del nuevo granero, 1960, Arxiu Alejandro Ferrant Vázquez, Biblioteca Nicolau Primitiu, Valencia.

miento de algunas estructuras, cuya mayoría eran viviendas de las monjas, en el piso superior del claustro. En el Archivo Histórico Archidocesano de Tarragona (AHAT) se conservan documentos donde se constata la preocupación de las religiosas respecto al estado de su monasterio, llegando incluso a escribir cartas a la reina Isabel II haciéndola partícipe del estado del edificio y suplicándole misericordia. En 1864 se redactó una carta al ministro de Gracia y Justicia para hacer obras en el monasterio motivadas por su mal estado de conservación, carta que se repitió un año después, en esta ocasión motivada por la necesidad de obras en la iglesia.¹

El 1869, el arquitecto provincial de Lleida, Ignacio Jordà, realizó una memoria descriptiva sobre la alarmante situación estructural del monasterio (AHAT, caja 9, núm. 9, ref. 24953) donde se recalca la poca solidez del edificio en general, el pésimo estado de conservación tanto de las viviendas particulares como de las escaleras y los techos de la iglesia, que

provocaban múltiples humedades; suponía también un peligro el estado del cimborrio gótico, los muros del cual se iban ensanchando progresivamente. Sin embargo, por lo que parece, no se llegó a hacer ninguna actuación en ese momento debido al extravío del proyecto que dicho arquitecto tenía que realizar, tal y como se puede comprobar en la correspondencia entre la abadesa de Vallbona y la Diócesis de Tarragona, conservada en el mismo archivo (AHAT, caja 9, núm. 127, ref. 24953). De hecho, sólo se conservan recibos de obras realizadas entre 1870 y 1871 y de 1877 a 1888; por fin, también hay documentos de las obras de 1920 a 1930.²

El silencio de las autoridades de la diócesis respecto a la situación del monasterio obligó a la comunidad a tomar medidas desesperadas, como vender su propio patrimonio o destinar las dotes de sus integrantes para la reparación superficial de algunos de los puntos más críticos. La situación mejoró con la elección de Constantí Bonet Zanuy como arzobispo

¹ Arxiu del Monestir de Vallbona, secció monestir, sig. 7.0/7.1./7.2, legajo 7.0.4 y legajos 7.0.6

² Arxiu del Monestir de Vallbona, secció monestir, sig. 7.0/7.1./7.2, legajo 7.0.7.

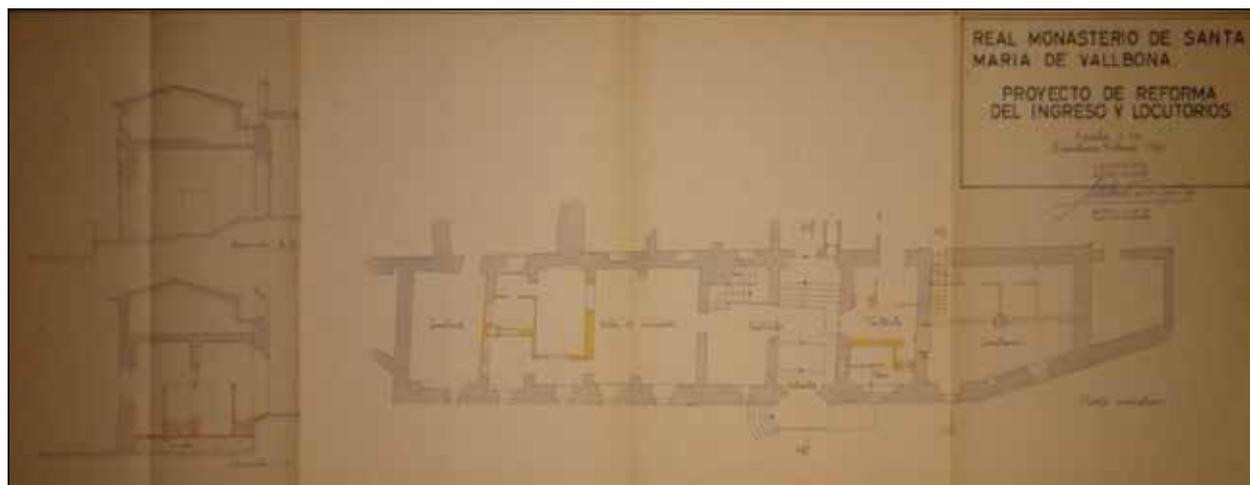


Fig. 6. Planos para el proyecto de reforma del ingreso y el locutorio del ala oeste del monasterio, 1961, Arxiu Alejandro Ferrant Vázquez, Biblioteca Nicolau Primitiu, Valencia.

de Tarragona (1875-1878), quien tenía una estrecha vinculación con nuestro monasterio. De este modo, aún habiendo ocupado el cargo sólo tres años, el nuevo arzobispo veló por la finalización de las obras en el cenobio. Gracias a su implicación las monjas empezaron a habitar las primeras celdas en diciembre del 1878, aunque las intervenciones no finalizarían de forma completa hasta el pontificado de Tomàs Costa Fornaguera (1889-1911).

A partir del siglo xx, con la creciente conciencia en lo que concierne a la conservación monumental, se realizaron importantes actuaciones de consolidación en el cimborrio gótico del monasterio por parte del Servei de Catalogació i Conservació de Monuments, bajo la supervisión del arquitecto Jeroni Martorell, entre los años 1922 y 1924 (fig. 2). Esta intervención, seguida después por algunas obras secundarias (1925-1927), se centró en los problemas de estabilidad que dicha estructura presentaba y en frenar la creciente obertura de sus muros; la memoria del mismo Martorell sobre estas tareas, explicadas con detalle, se conserva actualmente en el Institut d'Estudis Catalans de Barcelona. Del mismo modo, el Archivo del monasterio conserva una interesante correspondencia al respecto. El 2 de mayo de 1924, una carta del capellán del monasterio al consejero de la Mancomunitat destacaba un hecho importante, se habían

hecho las obras en el cimborrio, pero debía solicitarse al President que intentara recabar fondos para arreglar las techumbres del entorno claustral:

Sirve la presente para enterarle que la Mancomunidad de Cataluña en los pasados presupuestos de 1922 y 23 consiguió un crédito para la reparación del cimborrio-campanario de este histórico y Real monasterio cisterciense de Vallbona de las Monjas, verdadera joya arquitectónica nacional que remonta su origen a los siglos XII y XIII. Terminada felizmente la reparación, había esperanzas fundadas que se conseguiría otro crédito para la reparación de los tejados que cubren los claustros, sala capitular y parte de los de la iglesia y así poder evitar a tiempo un fatal derrumbamiento de los mismos, por ser hermosos y típicos ejemplares de arte románico y gótico.³

La mayor pérdida patrimonial registrada en el monasterio tuvo lugar durante la Guerra Civil que, como casi todos los centros religiosos durante esos años, sufrieron la destrucción y desaparición tanto de sus

³ Arxiu del Monestir de Vallbona, secció monestir, sig. 7.0/7.1./7.2

muebles como de sus objetos sagrados a manos de los revolucionarios. Después de que en Vallbona la comunidad abandonara su casa la noche del 23 de julio de 1936, llegaron al pueblo el 27 de julio algunos miembros del P. O. U. M. procedentes de zonas cercanas y, entre ese día y el siguiente, con la llegada del Comité Antifascista de Tárrega, se destruyeron retablos, muebles, grupos escultóricos y diversos objetos (fig. 3) en una gran hoguera encendida en la plaza del monasterio (Sans Travé, 2010: 102). Los próximos tres años, hasta la entrada de las tropas nacionales el 16 de enero de 1939, el edificio monacal sería utilizado como instalación para escoltas, refugio, campo de instrucción, prisión y cuartel de tropas republicanas. Al despuntar los años cuarenta, Cèsar Martinell se hizo cargo de algunas intervenciones. El 1 junio de 1942 informaba por carta a la abadesa de su reunión en Madrid con el Marqués de Lozoya, a la sazón Director General de Bellas Artes y con Íñiguez, Comisario General del Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional. La cuestión giraba en torno a las obras proyectadas en 1940, recién finalizada la guerra, para solucionar el terraplén que había junto a la iglesia, arreglar las vidrieras del dormitorio y otros servicios. El 11 de diciembre 1942, una carta del Marqués de Lozoya informaba a las monjas de la concesión del crédito extraordinario para las reparaciones.⁴

IV. LA INTERVENCIÓN DE FERRANT: OBJETIVOS PLANTEADOS

Cuando en 1955 Alejandro Ferrant se centró en el caso de Vallbona, el arquitecto rápidamente tuvo claras las principales necesidades del edificio, de las cuales dependerían sus intervenciones: una acción generalizada en toda su estructura, enfocada sobretudo a mejorar las condiciones de habitabilidad para las monjas. La rapidez en la evaluación del edificio no fue solamente consecuencia de la perspicacia del nuevo arquitecto conservador, sino que también se debió, en gran parte, al diagnóstico que Cèsar Martinell realizó en su memoria, hecha solamen-

⁴ Arxiu del Monestir de Vallbona, secció monestir, sig. 7.0/7.1/7.2.

te trece años antes. De hecho, si uno se desplaza hasta la Biblioteca Nicolau Primitiu en Valencia —donde se conservan copias de ambas— y las compara, verá que la de Ferrant es casi una copia de la de Martinell, haciendo hincapié en los mismos aspectos y estableciendo las mismas prioridades, al menos para su primer proyecto.

Las obras de Alejandro Ferrant en el monasterio de Vallbona se realizaron entre los años 1955 y 1968, estando estructuradas en proyectos anuales juntamente con su correspondiente memoria, presupuesto y planos. De este modo, son 13 los proyectos que se llevarían a cabo en el cenobio bajo su supervisión, sobretudo centrados en la iglesia monacal, el claustro, la sala capitular y las dependencias de almacenaje, anexas al monasterio. Fiel a su *modus operandi* habitual, la reparación de elementos como cubiertas y armaduras tendría un protagonismo notable, al igual que el deseo del arquitecto de eliminar todas las estructuras y dependencias que se habían ido acumulando alrededor del edificio monacal con el paso del tiempo (Canet Guardiola, 2014: 149-150).

Gracias a la conservación de todos los proyectos y presupuestos de Ferrant tanto en el Archivo Histórico Nacional (AHN) como en el Archivo Alejandro Ferrant Vázquez, sumada a su costumbre de complementar las memorias con extensos reportajes fotográficos de las actuaciones, podemos reconstruir perfectamente tanto a nivel documental como visual como éstas se fueron desarrollando en el monasterio.

V. LAS OBRAS DE RESTAURACIÓN DE ALEJANDRO FERRANT SOBRE EL MONASTERIO DE VALLBONA DE LAS MONJAS (1955-1968)⁵

Los primeros tres años de intervenciones en el monasterio estuvieron centrados en la reparación y conso-

⁵ Debido al precio establecido por imagen que exige el Colegio de Arquitectos de Lleida por los derechos de propiedad intelectual, no se adjuntará ninguna fotografía de su archivo en este artículo, aunque su contenido habría sido de gran utilidad, puesto que dichas imágenes son el mejor testimonio de todas las intervenciones realizadas por Alejandro Ferrant en Vallbona.

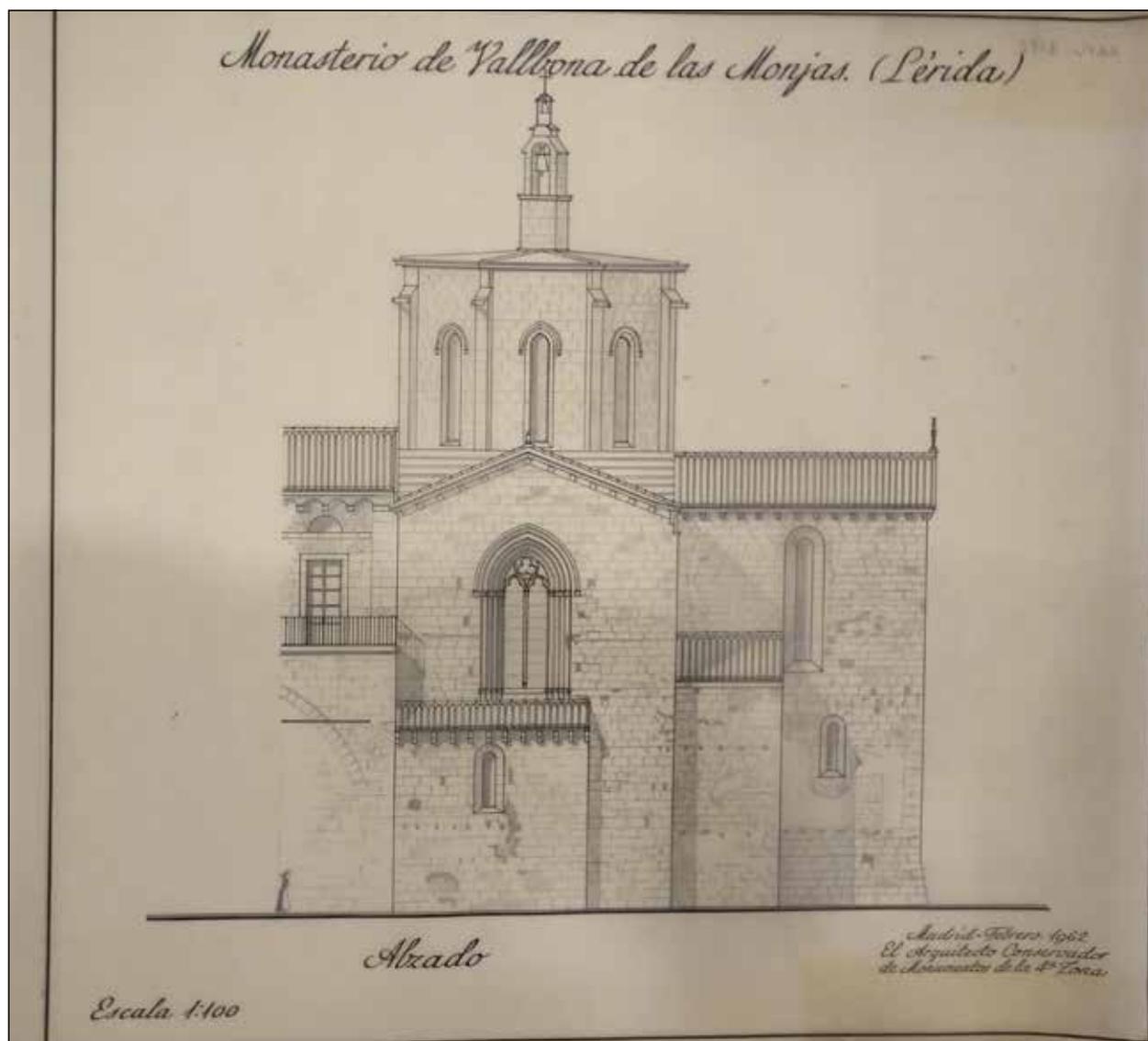


Fig. 7. Alzado del aspecto final que debía presentar la cabecera «limpia», 1962, Arxiu Alejandro Ferrant Vázquez, Biblioteca Nicolau Primitiu, Valencia.

lidación de sus cubiertas. Con el *Proyecto de obras de conservación en el Monasterio de Vallbona de las Monjas* de 1955 (AAFV 857), el primero de todos, Ferrant quiso consolidar el conjunto e intentar eliminar de una vez por todas los constantes problemas originados por humedades y pequeños derrumbamientos, un fenómeno directamente relacionado con el estado de las cubiertas de todo el monasterio. Ya en la memoria de 1869 el arquitecto Ignacio Jordà había destacado

esta deficiencia, de extrema gravedad para el edificio en general, y que afectaba a la calidad de vida de la comunidad. El estado en que Ferrant se encontró la mayoría de las cubiertas monacales era tan lamentable que fue necesaria casi una reconstrucción completa. Teniendo esto en cuenta, así como el peligro que se corría si se realizaba un adobe general de los tejados del edificio dado el deficiente estado de tejas y armaduras de madera, el arquitecto apostó por la sustitu-

ción de todas aquellas tablas podridas por tablillas de baldosa que servían como soporte para las tejas. La construcción de tablillas de baldosa se haría sobretodo para la cubierta de la nave de la iglesia monacal, de las dependencias de la abadía y de la galería oriental del claustro. Otro factor que debía tratarse con urgencia con relación a las estructuras de los tejados, era la acumulación de ruina de antiguas obras en el trasdós de la bóveda y cubiertas de los dormitorios. Para eliminar el peso innecesario que esos restos suponían, Ferrant centró la última parte del presupuesto en su eliminación.

El segundo proyecto dedicado al monasterio de Vallbona fue escrito en abril de 1956 (AAFV 858). La dinámica era la misma que la del año anterior: se preveía acabar obras del proyecto de 1955 que no se habían podido finalizar, después de haber comprobado que el estado de la madera de las armaduras era bastante peor de lo esperado. Esto provocó que el presupuesto resultara insuficiente, pudiéndose solamente reparar la mitad de las cubiertas previstas en el anterior proyecto, tanto en el caso de los dormitorios como de la nave de la iglesia. En esta ocasión, se añadió también al proyecto la reparación de la cubierta correspondiente al ala norte del claustro. Después de un año de obras sólo centrado en esta pequeña parte del monasterio, es en esta memoria en la que Ferrant tomó consciencia del delicado estado de todo el edificio en general y se vio obligado a subir el presupuesto, tanto por la necesidad de sustituir completamente las seis armaduras de madera de los dormitorios —que no tenían una escuadrada habitual—, como por el aislamiento geográfico del monasterio, que complicaba mucho el traslado de los materiales necesarios para la restauración. Sobre estas nuevas armaduras se colocarían nueve tablillas de baldosa y teja, según el procedimiento que se había seguido el año anterior. Por lo que respecta a la iglesia, Ferrant apostó por la construcción de unas costillas de baldosa que actuarían como soporte para las nuevas tablillas. La intervención más completa fue la de la terraza norte del claustro, donde fue necesaria una reconstrucción total.

El proyecto de 1956 supuso la reparación de las cubiertas de toda la iglesia, dormitorios, sala capitular, enfermería y servicios; pero fue al año siguiente cuando se finalizaron este tipo de intervenciones en toda la superficie del monasterio. De este modo, el proyecto de 1957 (AAFV 859) estuvo enfocado a la reparación de cubiertas de las dependencias situadas sobre la galería sur del claustro y su crujía inmediata, así como las correspondientes en la nave oeste y las de encima de la hospedería. En este caso, la intervención consistió en el levantamiento de todos los tejados en malas condiciones y la sustitución de solamente aquellas armaduras dañadas, dejando al aire la posibilidad de asentar la nueva cubierta sobre tablilla de baldosa o sobre tabla nueva. A partir de aquí, se siguió con la cocina, el refectorio y la hospedería, entre otras estancias, hasta completar el total de cubiertas del monasterio. Tal y como se ve en su memoria, Ferrant reserva una parte del presupuesto para la restauración de los paramentos de la sala capitular y otras intervenciones a pequeña escala para el acondicionamiento de esa estancia, aunque la falta de fondos para la obra impidió que pudieran realizarse hasta el año siguiente.

El proyecto de 1958 (AAFV 860) fue uno de los más importantes, no tanto por la actuación de Ferrant en la sala capitular sino porque éste empezaría a planear el saneamiento de la estructura monástica a partir de la eliminación de todas las dependencias y construcciones anexas al muro exterior oriental del edificio, sobretodo en la cabecera de la iglesia. Un primer paso en lo que fue la evolución del monasterio hasta su la imagen actual.

La primera parte de dicho proyecto se centraría en el acondicionamiento de la sala capitular, que en ese momento se encontraba despojada de su coro renacentista desde la Guerra Civil —quemado por los revolucionarios— así como también de cristales en las ventanas, por lo que las condiciones estaban lejos de ser las adecuadas para que la comunidad pudiese celebrar sus reuniones. De este modo, Ferrant se dedicó en primer lugar a la restauración de

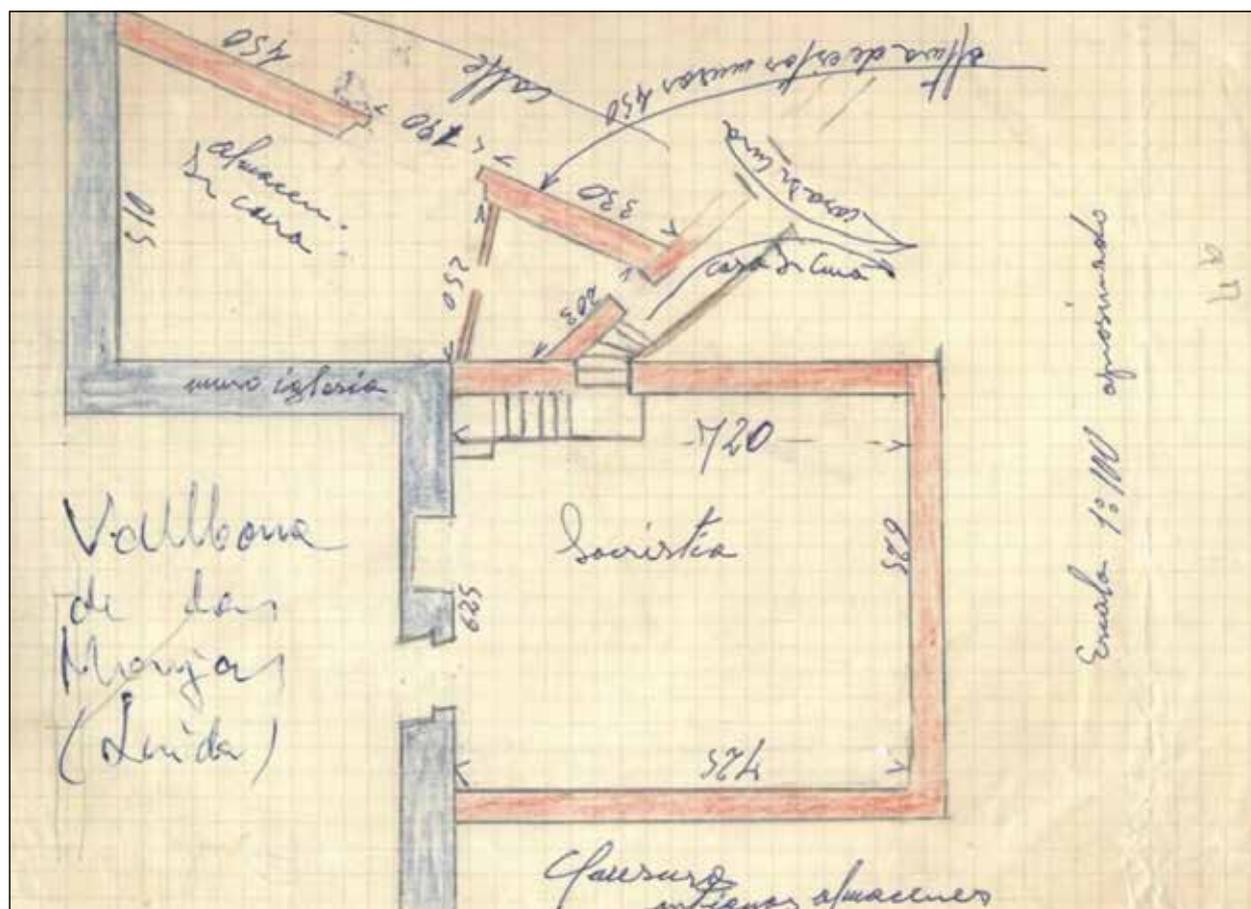


Fig. 8. Dibujo de las actuaciones previstas en la parte norte de la cabecera, 1963, Arxiu Alejandro Ferrant Vázquez, Biblioteca Nicolau Primitiu, Valencia.

los paramentos de la estancia, muy dañados debido a la pobreza de su fábrica y a la extracción forzada de la sillería, a partir de un placado de pequeñas losas de piedra (una intervención bastante criticada posteriormente por varios historiadores del monasterio), completando aquellas partes que habían desaparecido. En segundo lugar, procedió a su aislamiento térmico a partir de la colocación de puertas metálicas en la tracería de acceso al claustro con vidrieras emplomadas, instalando después cristales tanto en sus calados como en las dos ventanas de la sala: la del huerto y la de la galería del claustro. Con el objetivo de llamar el mínimo posible la atención, Ferrant dispuso en su proyecto la necesidad de que los nuevos cristales siguieran el mismo trazado que el

de las vidrieras antiguas de la iglesia. Aun así, reservó para el trilobulado de la tracería un diseño especial, especificando que «será representada la imagen de la virgen del Claustro y los escudos del Císter y de Vallbona, así como el de la abadesa Blanca de Calderas constructora de esta sala capitular, en cuyo pavimento se representa el escudo que será reproducido», y que además «tanto la imagen de la Virgen como los escudos serán policromados» (AAFV 86o).

Incluido dentro del mismo proyecto, Ferrant empezó a planear la liberación de la zona exterior de la cabecera de la iglesia abacial. Las razones aducidas en la memoria fueron el impedimento que los añadidos representaban en la restauración de esa parte del monasterio y su pésimo estado de conservación

—también ya mencionado en la memoria de 1869— debido, de nuevo, a la pobreza de su construcción, por lo que era imposible llevar a cabo cualquier intento de consolidación de su estructura. Estas dependencias estaban, en su mayoría, dedicadas a las funciones más prácticas de la vida monacal, como el almacenaje de grano y la comida de los animales de la granja; también se encontraba allí el lavadero y algunas de las pocas casas particulares que aún quedaban en pie, que antiguamente habían formado parte del *carrer de les Santes*. La intención del arquitecto, tal y como aparece en su memoria, era la de «en su día proceder a la restauración que llevará consigo la recuperación de la estructura de las cubiertas y el descubrimiento de los ventanales ahora tapiados» (AAFV 860).

A parte de estas justificaciones, la realidad es que este tipo de intervenciones en sus proyectos era bastante común en lo referente a la voluntad de «limpiar» el edificio histórico de todo aquello considerado superfluo o posterior (fig. 4); unos conceptos que, a menudo, irían de la mano con el de estorbo. Las demoliciones empezaron por la galería de doble piso de arcadas que conectaba el cuerpo principal con las estancias anexas dedicadas al almacenaje, siguiendo con las demás edificaciones hasta haber completado su eliminación.

Aunque Ferrant viese como necesaria la destrucción de todas aquellas dependencias debido a su mal estado y a la imposibilidad de su consolidación, dichas edificaciones eran totalmente necesarias para que la comunidad pudiese llevar a cabo sus actividades, por lo que no podía simplemente prescindirse de ellas. En consecuencia, entre los años 1959 y 1961, el arquitecto centró sus prioridades en la construcción de nuevas estructuras que sustituyeran aquellas que él había mandado demoler. De este modo, el año 1959 nos encontramos con un proyecto denominado *Construcción de galería de comunicación* (AAFV 861) que, tal y como su nombre indica, se centró en la construcción de una nueva estructura de paso para las monjas. Tal y como se ve en la memoria, esta segunda galería de enlace estaría separada del cuerpo principal a partir de

una sencilla arcada con muros de un pie de altura y pilastras, todo hecho con ladrillo y mortero. El espacio entre los muros se cubriría con una bóveda de tabiques de baldosa con mortero de cemento, colocando soportes de hierro para su descarga. A partir de aquí, sus muros serían rebozados con cemento añadiendo posteriormente una lechada de cal; de la misma forma se haría con las bóvedas. Por lo que respecta al pavimento, Ferrant tenía previsto un alicatado de ladrillo que se aplicaría sobre una previa capa de hormigón. Con lo que quedase del presupuesto, se levantarían aquellos pavimentos de los servicios de la planta baja que estuvieran en peores condiciones para poder proyectar, en un futuro, su nueva pavimentación hecha a partir de materiales hidráulicos.

Con el proyecto de 1960, denominado *Construcción de granero* (AAFV 862), Ferrant quiso proveer a la comunidad de una edificación sólida, alejada catorce metros de la estructura monástica y adecuada para poder almacenar tanto los productos agrícolas de la comunidad como el forraje de sus animales. La construcción proyectada se levantaría sobre un antiguo emplazamiento medio en ruinas situado al este del monasterio, cerca de las estructuras recién demolidas. De este modo, se querría aprovechar como soporte el antiguo trasdós y la coronación perimetral de su muro, por lo que el nuevo granero tendría una planta regular y, como acceso, una sencilla puerta gótica que aún se conservaba de esta construcción anterior (fig. 5). El granero no se finalizó hasta el año 1961, con el proyecto de *Terminación del Granero* (AAFV 869).

Para terminar su estructura se debían aún completar sus muros laterales norte y sur, hechos de mampostería, que se cerrarían con los del este. Dentro de los nuevos paramentos se añadirían ventanas para asegurar una correcta ventilación y, en la parte posterior, se abriría una puerta de salida. Los últimos pasos para la terminación de su estructura fueron la construcción de un piso a la altura de los dinteles, el alicatado del pavimento sobre una capa de hormigón —igual que se había hecho en la galería de comunicación—, y la instalación de

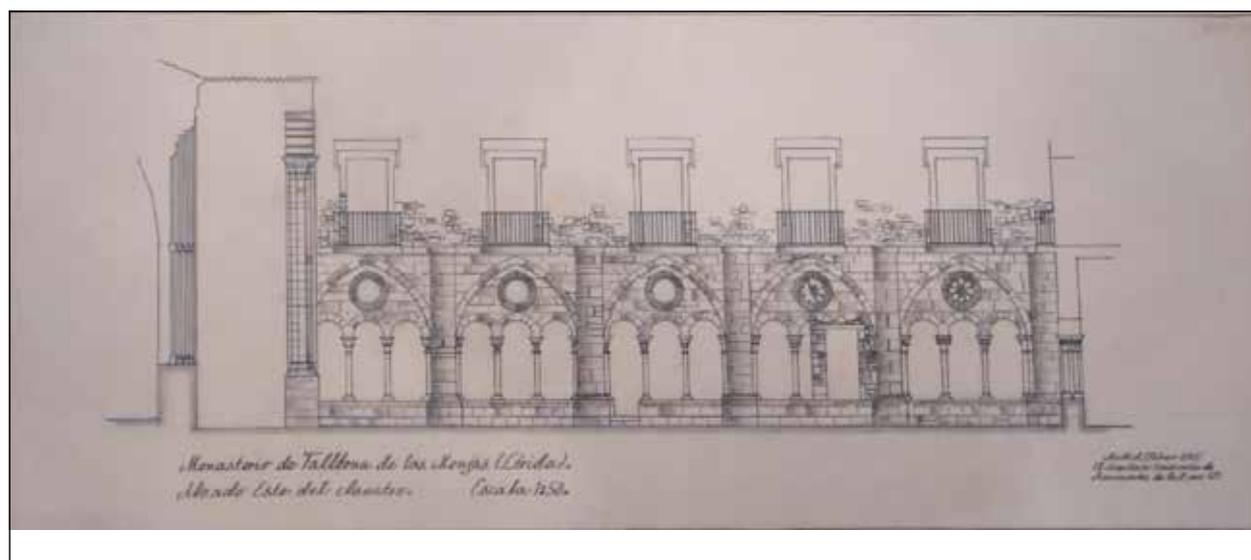


Fig. 9. Alzado del ala este del claustro, 1965, Arxiu Alejandro Ferrant Vázquez, Biblioteca Nicolau Primitiu, Valencia.

la cubierta. Para la realización de este último elemento, se apostaría por una armadura de vigas de hormigón armado sobre tablillas de baldosa sobre la cual se instalaría la cubierta general del edificio, de doble vertiente y con doble hilada de teja árabe. El conjunto quedaría rematado con algunas obras de nivel menor, como la instalación de puertas de madera sencillas pero resistentes tanto en la entrada como en los dinteles de las fachadas norte y sur, y el encalado de todos los paramentos internos del edificio. De todos los años que Alejandro Ferrant trabajó en el monasterio de Vallbona, solamente encontramos la realización de proyectos simultáneos en 1961. Uno fue la terminación del granero, mientras que en el otro se planearon, por primera vez, obras de primer orden en la estructura monástica propiamente dicha. Ferrant era muy consciente de que la puesta al día de semejante edificio pasaba por la realización sistemática de obras en su interior. De este modo, empezó por centrarse en las dependencias del ala oeste del claustro (fig. 6), dando a su plan el título de *Proyecto de reforma del ingreso y locutorios en el Real Monasterio de Santa Maria de Vallbona* (AAFV 869).

Aunque en un origen las dependencias de la nave se concibieran como una sola unidad arquitectónica —de unos 13 metros de largo por 7 de ancho-, igual que en el antiguo dormitorio común que ocupaba toda la galería este, en aquel momento esta aparecía como una serie de pequeñas dependencias debido a diversas intervenciones realizadas en época barroca. Fijándose en los tres arcos que dividen la nave —camuflados por tabiques y encalados— Ferrant consideró de nuevo necesaria la recuperación de su antigua morfología, eliminando aquellas estructuras hechas con posterioridad, planeando en segundo lugar el acondicionamiento de sus pavimentos y su iluminación a partir de diferentes aberturas en los muros. En lugar de seguir con las obras en las dependencias del claustro, al año siguiente Ferrant decidió centrarse en la iglesia, zona que además había resultado muy afectada durante la Guerra Civil. El proyecto de 1962, denominado *Obras de recuperación de las fachadas del brazo sur del crucero* (AAFV 864), constituía la segunda parte de las obras de demolición hechas en 1958: ahora, cuatro años después, era necesaria la restauración de los muros de la iglesia que hubieran estado en



Fig. 10. Vista del claustro de Vallbona des del ala norte,1975, Servei del Patrimoni Arquitectònic Local (SPAL).

contacto con esas antiguas dependencias y que, por lo tanto, hubieran resultado dañados por las demoliciones (fig. 7).

Las partes en las que se centró fueron el presbiterio y sus capillas laterales, donde se sustituyeron cubiertas, paramentos, cornisas y molduras de vidrieras por materiales de la misma calidad, color y forma que los antiguos. Aunque por falta de presupuesto sólo se pudiera actuar en las zonas internas del templo, las obras fueron meticulosas según las exigencias de Ferrant: se debían disimular los elementos restaurados, diluyéndolos en la estructura original intentando borrar cualquier huella de los añadidos que había eliminado anteriormente. La restauración de las fachadas exteriores del monasterio afrontadas al huerto tendría lugar al año siguiente, con el proyecto de 1963 (AHN, caja 26/00212).

Dicho programa, consistente en dos partes, preveía en primer lugar una actuación tanto en la fachada de la cabecera de la iglesia como en su fachada norte. Con esto, Ferrant quería dar por completada la imagen exterior del monasterio según había previsto en sus planos; esto es, dejarlo limpio y sin rastro de cualquier añadido que hubiera tenido. No obstante, una de estas estructuras anexas se salvó: la sacristía nueva. La dependencia, del siglo XVIII y de planta cuadrangular, estaba encajada en la parte posterior del ábside mayor del templo y comunicaba con él a través de una puerta, a modo de sala anexa. Debido a su imprescindible función en el culto, Alejandro Ferrant se vio obligado a respetar su conservación y, por ende, a modificar en parte sus planes para poder adaptar la sala a su proyecto. De este modo, el arquitecto propuso modificar su cubierta convir-

tiéndola en un solo faldón, bajo el cual tendrían que quedar los tres ventanales del testero del presbiterio. Tal y como se puede comprobar a partir de su constante mención en las memorias, la importancia de las vidrieras de la cabecera fue vital para Ferrant. De hecho, fueron uno de los argumentos aducidos por el arquitecto para el derrumbamiento de las estructuras anexas al muro oriental, alegando que bloqueaban la luz natural que entraba por dichas vidrieras y que, además, impedían una visión completa de la fachada. Después de la cabecera, el arquitecto se centró en la fachada norte de la iglesia con el mismo fin: liberarla de obstáculos visuales desde el exterior. En esta ocasión, el problema resultó ser la humilde vivienda donde residía el capellán de la comunidad, que por poco no se encontraba anexa al muro norte de la cabecera de la iglesia (fig. 8). Siendo consciente de la imposibilidad de derrumbar esa edificación, Ferrant optó por derribar los muros del almacén adjunto a la casa del capellán, de modo que se abriera un pequeño patio entre la casa y la fachada exterior del monasterio, que a su vez sería cerrado con una sencilla reja metálica.

La segunda parte del proyecto estuvo de nuevo dedicada a una zona completamente distinta del edificio, el claustro. Ferrant, quien siempre otorgaba mucha importancia a los claustros en sus proyectos de restauración, dedicó las obras del 1963 al 1968 —su último proyecto en el monasterio— a su acondicionamiento. El objetivo principal de la primera intervención en la zona fue la eliminación de las humedades, que comportaban problemas muy graves para la estructura generalizada del edificio. Por eso, lo primero que hizo Ferrant fue reparar los muros de la cisterna construida bajo el patio del claustro, sobre la cual se erigía un humilde surtidor de agua. Su deficiente estado provocaba filtraciones que, a su vez, constituían una de las principales causas de la presencia de humedades en las dependencias más próximas. El estado del pavimento también preocupaba al arquitecto, puesto que, a causa de la acción de las raíces de los grandes árboles allí plantados desde hacía tiempo, la superficie del patio

había quedado totalmente desnivelada. Ferrant decidió cortar el problema de raíz eliminando primero los árboles y levantando después el viejo alicatado de forma completa. Sin embargo, la falta de presupuesto interfirió nuevamente en sus planes, por lo que sólo le fue posible colocar la mitad del nuevo pavimento, conformado por un alicatado de piedra sobre una capa de hormigón. Esta insuficiencia presupuestaria provocó que la pavimentación restante del patio se terminara durante el año siguiente con el proyecto de 1964 (AHN, caja 26/00390). Una vez terminados los principales trabajos en la zona central del claustro, Ferrant decidió realizar trabajos de la misma índole en los pavimentos de las diferentes galerías que, otra vez por falta de presupuesto, fueron imposibles de realizar de forma coetánea. De este modo, las intervenciones en las galerías se hicieron por orden de prioridad: el proyecto de 1964 se centró en la norte y la oeste, debido tanto a su estado deficitario como al hecho que conducen desde la entrada a la iglesia y a la sala capitular, siendo las más concurridas tanto por los visitantes como por la comunidad. Al haber sido anteriormente utilizada por las monjas como espacio funerario, los trabajos de pavimentación de la galería norte se complicaron a causa de la presencia de distintas sepulturas. La metodología según la cual se debería actuar es especificada por Ferrant en la memoria, alegando que «las sepulturas de religiosas serán respetadas, pero por hallarse alguna sin la lauda correspondiente serán labradas y colocadas las que faltasen» (AHN, caja 26/00390). El proyecto de 1965 (AAFV 867) se centró en la galería este (fig. 9). En esta ocasión, hubo una nueva sorpresa para el equipo de Ferrant, y es que al llevar a cabo la obra del enlosado colindante con el patio fue hallado su nivel primitivo y, como consecuencia, quedaron al descubierto los podios en que descansaban las arquerías. Sin duda alguna, este descubrimiento fue aprovechado por el arquitecto. Al tener delante esa estructura perteneciente al edificio medieval, Ferrant apostó por la reconstrucción de la fábrica del aparejo del podio de la galería en cuestión, así como también de la moldura

que lo remata. De la misma forma, también tendría que repararse el aparejo de los arcos ciegos apuntados y sus enjutas, complementándolo con los contrafuertes que, debido a su función de contrarresto de las bóvedas de las galerías, no se podían suprimir ni modificar. Dentro de esos nuevos contrafuertes, el arquitecto planeó embutir las diversas tuberías y desagües con el fin de mejorar el ineficiente sistema hidráulico del monasterio.

Llegados a este punto nos hacemos partícipes de otra de las características típicas de la metodología de Alejandro Ferrant: la reproducción de elementos desaparecidos o derruidos que, por los motivos que fueran, ya no formaban parte del conjunto. El descubrimiento de los restos del antiguo podio, hasta entonces enterrados, le permitieron restaurar esa zona basándose en su modelo. Igual haría con la reproducción e instalación de las tracerías radiales de ojo de buey desaparecidas a partir de dos ejemplares que aún se conservaban; el mismo procedimiento se aplicó a todos aquellos elementos desaparecidos, generalmente consistentes en capiteles, fustes, cimacios y basas.

Las últimas actuaciones del arquitecto, comprendidas en los años 1967 y 1968, estuvieron dedicadas a la finalización del patio y todas las galerías del claustro. Ya fuese por la importancia que Ferrant solía dar a esta parte de los monasterios en sus intervenciones o por otras razones, el protagonismo de las obras en el claustro de Vallbona durante esos años provocó que el arquitecto no se ocupara de otras partes del edificio que, no obstante, requerían una urgente intervención.

En el proyecto de conservación de 1967 (AAFV 868), Ferrant se propuso la pavimentación con losas de piedra —haciéndose primero cargo del pavimento primitivo de las naves este y sur— seguida de la restauración completa de los paramentos de cada galería, aunque la norte acabaría haciéndose el 1968. A partir de la reproducción y reinstalación de aquellos elementos no conservados, siguiendo su procedimiento habitual, se ocupó también de la íntegra restauración de la arcada oeste.

Su obra en el claustro culminó con el proyecto escrito en enero de 1968 (AHN, caja 26/00127), que podríamos dividir en cuatro partes: las intervenciones en las arcadas, la sustitución del lavabo frente al refectorio, la construcción de arcos rebajados en diversas alas del claustro y las actuaciones sobre otros problemas, pero de rápida resolución. Respecto a las obras planeadas en las galerías, se especificó la actuación sobre las arcadas del ala sur y oeste, limitándose en esta última a la sustitución puntual de aquellos elementos de sus pilares y columnas excesivamente deteriorados o a la reproducción de todos los que no se hubieran conservado (capiteles, cimacios, basas...). En el ala este, Ferrant planeó una reconstrucción total del podio por ambas caras debido a su generalizado mal estado. En la memoria se especifica a continuación el nivel de deterioro del lavabo de la comunidad, consistente en un sencillo bloque de piedra labrada situado entre dos arcadas de la galería sur, justo delante del antiguo refectorio: su funcionalidad hacía imprescindible su sustitución por uno nuevo.

Con todo esto, quedaban casi finalizadas las intervenciones de la planta baja del claustro, en sus galerías y su patio central: se habían restaurado tanto paredes como pavimentos, completado todos aquellos elementos referentes a las arcadas, renovado el lavabo de manos, nivelado el enlosado del patio y sustituida su defectuosa cisterna. No obstante, después de esta primera parte más «visible» del proyecto, Ferrant se centró en la construcción de unos arcos rebajados en las alas este, sur y oeste del claustro —donde se encontraban los dos pisos de celdas—, que no tenían otra finalidad que la de descargar el peso que estas construcciones hacían sobre la estructura primaria del claustro. Las obras de Ferrant en el monasterio de Vallbona concluyeron con el dinero sobrante del proyecto de 1968, que dedicó a la realización de arreglos rápidos y de módico precio, entre los que destacan la reposición de las vidrieras de la iglesia y la reconstrucción de la discreta escalera de ladrillo, que comunicaba el claustro con las dependencias del primer piso.

VI. EL RESULTADO FINAL: UNA
VALORACIÓN GENERAL

Los trece años de intervenciones anuales bajo la dirección de Alejandro Ferrant en el monasterio de Vallbona de las Monjas sumaron en su totalidad una cantidad aproximada de 4.066.716 pesetas. Aunque se trate de la suma de todos sus presupuestos dedicados al cenobio, debemos pensar que el dinero ofrecido anualmente desde el Gobierno de Franco para proyectos como el de Vallbona era una verdadera barbaridad, si tenemos en cuenta la cantidad de intervenciones que se estaban realizando de forma simultánea por todo el territorio español. Hay, sin embargo, un hecho que se repite en las memorias y que nos invita a reflexionar sobre el estado de conservación del monasterio. Estamos hablando, por un lado, del aplazamiento de obras a proyectos venideros dada la falta de presupuesto y, por otro, de la insistencia del arquitecto en recalcar la necesidad de un mayor número de obras en el monumento, que él no podía llevar a cabo por medios propios.

De hecho, aunque fuese la primera vez que alguien se ocupaba de supervisar el estado de conservación del edificio de una forma tan homogénea, si analizamos el carácter de las obras de Ferrant en Vallbona nos daremos cuenta de que, en realidad, se limitaron al acondicionamiento básico de algunas de las áreas más importantes del monasterio. Muchos de sus espacios seguían teniendo una gran cantidad de problemas y requerían una actuación urgente; un hecho del que el arquitecto era perfectamente consciente. Aún siendo numerosas y sin duda alguna útiles, las intervenciones de Ferrant no dejaron de tener un carácter «individual»: se actuaba sobre distintas superficies del edificio, pero de forma autónoma, independiente, sin que hubiera una conexión entre ellas. Este procedimiento no permitió llevar a cabo un proyecto unitario que respondiese a las necesidades reales del edificio, las cuales iban mucho más allá de la construcción de graneros, la pavimentación de las galerías del claustro o la consolidación de las cubiertas.

Después de la finalización de los proyectos de Ferrant, se llevaron a cabo un par de proyectos que, aún siendo de poca relevancia, vale la pena mencionar. Se trata, en primer lugar, de las intervenciones realizadas por el Jefe del Servicio de la Diputación de Barcelona Camil Pallàs en 1971 y, en segundo, por el arquitecto Guillem Sàez, diez años después (Llorens Perelló, 1989: 220-221). Los resultados de ambos tuvieron poco que ver con sus intenciones: si la voluntad de Pallàs en un primer momento era la reducción de peso sobre el claustro a partir de la eliminación —primero total y después parcial— de los pisos de celdas, al final sólo se llevó a cabo la construcción de un nuevo cuerpo en el lado sur de la fachada, de estética dudosa y mala calidad en sus obras de adaptación respecto al conjunto. El legado de Sàez en el monasterio fue más vistoso. Su intento de acondicionar la hospedería —situada en la segunda planta del ala oeste del claustro— para así poder abrirla al público, acabó finalmente traducándose en la urgente instalación de al menos cien puntales metálicos en toda su superficie para evitar que se viniera abajo. Igual pasó en el ala este, cuando decidió recuperar el antiguo dormitorio gótico de la comunidad. La pared que demolió el arquitecto un piso por debajo había anulado su función de carga hasta ese momento, por lo que su eliminación implicó que el arco tuviera que soportar de repente todo el peso de aquella pesada cubierta y no el de la ligera gótica para el que había estado concebido.

Sorprendentemente, la estructura del monasterio aguantó en esa situación durante años, hasta que en 1984 la Generalitat impulsó, por primera vez, un examen exhaustivo y general del estado del edificio. Los resultados se materializaron en un estudio patológico y geomorfológico del monumento, así como un levantamiento de planta y alzado de toda su estructura (*Estudi i Diagnosi Patològica del Monestir de Santa Maria de Vallbona*) que permitieron confeccionar un estudio volumétrico de la propuesta de actuación que quería llevar a cabo la Generalitat en el monasterio (*Estudi Volumètric de la Proposta d'Actuació en el Mo-*

nestir de Santa Maria de Vallbona). Dicho proyecto estuvo listo en febrero de 1985.

La propuesta, a cargo del arquitecto Jordi Llorens, contenía a su vez una historia general del edificio, todas sus intervenciones anteriores, los diferentes materiales y sistemas constructivos utilizados hasta entonces, el estado concreto de todas sus estructuras y elementos... Una laboriosa pero indispensable tarea, que conformaba un detallado retrato de cada zona y dependencia en el que se explicaban tanto las principales patologías como las correspondientes soluciones que se pensaba aplicar. Gracias a la minuciosa explicación de los problemas que presentaba el monasterio en ese momento, podemos evaluar tanto el alcance como la efectividad de las intervenciones de Ferrant.

Si vamos del plano general al concreto, debemos primero que recalcar que, a nivel estructural, los problemas estaban presentes en toda la superficie del monasterio. Amplias zonas del conjunto estaban muy deterioradas y en peligro de derrumbamiento; muros y cubiertas agotadas tanto por su historia como por las numerosas —y raramente acertadas— actuaciones que habían tenido que sufrir. El mal estado estructural se unía a la gran desproporción de volúmenes existente entre el templo y el edificio contiguo del claustro con sus pisos de celdas; este fenómeno, tal y como Llorens argumenta en el proyecto, constituía probablemente la mayor causa de deterioro en el conjunto. Goteras y humedades resultaban también un problema tanto para la comunidad como para la conservación del monumento. Presentes desde hacía ya mucho tiempo tanto en la zona de la iglesia como en las dependencias inferiores, éstas no eran más que un reflejo del ineficiente sistema de evacuación de las aguas, tanto pluviales como negras, del que disponía el cenobio. El problema se agravaba con la mala calidad de los muros, unido al clima y al emplazamiento del monasterio, que se había edificado encima de una capa de roca impermeable que, a su vez, se encontraba al lado de un arroyo. No es de extrañar que, viendo todas las contrariedades sobre las que se había de actuar para

impedir las filtraciones de agua, Llorens indique la insuficiencia de las medidas aplicadas por Ferrant, consistentes solamente en la reconstrucción de cubiertas: hacía falta mucho más que nuevas tejas y armaduras de madera para solucionar ese problema.

En la iglesia del monasterio los principales problemas se encontraban en muros y cubiertas, la mayoría de ellos causados por el peligroso estado del cimborrio-campanario, del que Ferrant ya habla en su memoria de 1962. Aún habiendo sido consolidado a principios de la década de 1920 por iniciativa del Servei de Catalogació i Conservació de Monuments, los ocho contrafuertes presentaban desplomes y su base se abría con un movimiento expansivo; un fenómeno que había causado graves deformaciones y brechas en algunos de los muros de la iglesia. Pero uno, sino el mayor de los principales problemas estructurales del edificio era, sin duda alguna, el bloque del sobreclaustro construido durante el siglo XIX y el peso que este ejercía sobre la base medieval. Aún habiendo sido muy criticado desde su construcción, curiosamente nadie se ocupó del añadido decimonónico hasta la década de 1980. Sería absurdo negar que los arquitectos anteriores a Jordi Llorens no se dieron cuenta de los perjuicios que provocaba en el edificio. Ferrant, por ejemplo, hace referencia en 1968 a la construcción que había de hacerse sobre las alas este, sur y oeste del claustro de unos arcos rebajados destinados a descargar el peso que esos dos pisos de celdas ejercían (fig. 10).

Su desproporcionado volumen respecto a la iglesia era un problema preocupante, que se veía agravado por la heterogeneidad de su construcción, consecuencia de todas las actuaciones anteriores. De hecho, allí se podían encontrar prácticamente todos los materiales y sistemas constructivos utilizados en nuestro país: muros de sillares de piedra mampostería, cerámica y tapia; techos de vigas de madera, de hierro laminado y hormigón armado, bóvedas de cerámica; así como morteros de cal, de cemento, o arcos de ladrillo y sillares. Sin duda alguna, esto disminuía mucho la calidad de la edificación.

En el proyecto de 1985 los objetivos fueron sin

duda muy ambiciosos, pues a parte de poner fin de una vez por todas a la gran cantidad de problemas que he presentado brevemente, se pretendía actualizar el conjunto dotándolo de instalaciones decentes de calefacción, electricidad y agua; así como crear un nuevo sistema de circulación para la comunidad que permitiera compaginar la vida de clausura con la parte más turística del monasterio como era, por ejemplo, la hospedería. Todo ello se estructuró dentro de un programa basado en dos partes (Llorens Perelló, 1990: 293-309): la consolidación general y readaptación del claustro, en que se demolieron por fin los pisos de celdas, y la construcción de un nuevo edificio residencial para las monjas, anexo a la parte sur del claustro.

VII. CONCLUSIONES

Las intervenciones de Alejandro Ferrant en el monasterio de Vallbona entre los años 1955 y 1968 fueron de gran importancia para el conjunto. Era la primera vez que se invertía tanto dinero y tiempo en su restauración, y, sin duda, los resultados obtenidos contribuyeron a una mejora tanto en el edificio como en la calidad de vida de las monjas. No obstante, aunque se concibieran las obras de una forma más o menos «global» en tanto que se actuara en múltiples zonas del monumento, éstas se hicieron de forma individualizada e inconexa, quedándose solo en la parte superficial de las necesidades reales del conjunto. Los procedimientos de actuación de Ferrant en el monasterio de Vallbona respondieron a un orden de prioridades que podemos ver en casi todos los monumentos donde el arquitecto intervino, lo que suscita la siguiente pregunta: ¿en todos los casos se exigían intervenciones similares, o las prioridades personales de Ferrant tenían algo que ver en su visión de aque-

llo que requería una actuación más «urgente»? Viendo el estado que presentaba el edificio según la memoria posterior hecha por Jordi Llorens, una no puede evitar plantearse si, por ejemplo, era realmente tan imprescindible el saneamiento de las edificaciones anexas de la zona oriental del monasterio o la repavimentación del patio del claustro. Según se demostró con los estudios de los ochenta, los problemas reales del cenobio eran múltiples y muy complejos de resolver, pues los principales causantes eran, en gran medida, la superposición de intervenciones irrespetuosas que llevaban haciéndose desde hacía tiempo y la utilización de materiales pobres para su realización, debido en gran parte a la pobreza de la comunidad y a la inexistencia de cualquier tipo de protocolo en la intervención sobre el patrimonio. Aun así, podemos ver como en múltiples ocasiones el arquitecto expone la imposibilidad de realizar, con sus presupuestos, todas las intervenciones necesarias en el conjunto monástico. Ferrant era por lo tanto consciente de la gravedad del estado de conservación del monasterio. Las cantidades recibidas por el Gobierno, aunque a primera vista muy sustanciosas, no ofrecían los medios necesarios, ni mucho menos, para llevar a cabo una actuación que se pudiese considerar satisfactoria en el monasterio de Vallbona; es normal por lo tanto que el arquitecto se centrara en un acondicionamiento general del edificio, un hecho que ayudaría a sentar las bases de las obras posteriores realizadas en la década de 1980. De este modo, dejando de lado algunos hábitos que ahora se considerarían inaceptables, tenemos que ver a Alejandro Ferrant como un arquitecto conservador indispensable en la Cataluña franquista: en definitiva, un puente entre las dinámicas restauradoras antiguas y modernas, que, basándose en el respeto por el edificio y una visión científica, sentaría precedente para el estudio actual del patrimonio monumental y su correcta preservación.

BIBLIOGRAFÍA

- CANET GUARDIOLA, MARÍA DEL ROSARIO (2014): *Los trabajos de Alejandro Ferrant Vázquez en Cataluña como Arquitecto Conservador de la Cuarta Zona, 1940-1976*, Tesis doctoral, Universidad de Valencia, Valencia.
- CUSÓ SERRA, MARTA (2008): *Un monestir cistercenc femení català durant el primer segle borbònic espanyol. Santa Maria de Vallbona (1701-1802)*, Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona, Bellaterra.
- ESPAÑOL, FRANCESCA (1997): «Vallbona de les Monges», en *Catalunya Romànica*, vol. XXIV, Barcelona, Enciclopèdia Catalana, pp. 569-583.
- ESTEBAN CHAPAPRÍA, JULIÁN Y GARCÍA CUETOS, MARÍA DEL PILAR (2007): *Alejandro Ferrant y la conservación monumental en España (1929-1939): Castilla y León y la Primera Zona Monumental*, I, Valladolid, Junta de Castilla y León.
- LLORENS PERELLÓ, JORDI (1989): «Les obres d'intervenció general al monestir de Santa Maria de Vallbona», en *Els monstres cistercencs de la Vall del Corb*, Tàrraga, Grup de Recerques de les Terres de Ponent amb la col·laboració del Departament de Cultura i Mitjans de Comunicació de la Generalitat de Catalunya, pp. 205-230.
- LLORENS PERELLÓ, JORDI (1990): «El projecte general d'intervenció al Monestir de Santa Maria de Vallbona», *Urtx. Revista Cultural de l'Urgell*, 2, pp. 293-309.
- MIGNORANCE RICART, FRANCESC XAVIER (1998): «La conservación del patrimonio en Cataluña: Cèsar Martinell i Brunet, arquitecto conservador de monumentos del Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional», en *Artes e Identidades Culturales: actas del XII Congreso Nacional del Comité Español de Historia del Arte: 28, 29, 30 de septiembre y 1 de octubre: homenaje a D. Carlos Cid Priego*, Oviedo, Universidad de Oviedo, pp. 499-508.
- PETIT BORDES, NÚRIA (2005): «Les etapes constructives del reial Monestir de Santa Maria de Vallbona, fins al 1392», *Urtx: Revista cultural de l'Urgell*, 18, pp. 63-92.
- PIQUER JOVER, JOSEP JOAN (1978): *Abaciologi de Vallbona (1153-1977)*, Barcelona, Fundació d'Història de l'Art Roger de Belfort.
- SAAVEDRA ARAS, REBECA (2016): *Destruir y proteger. Destruir y proteger el patrimonio histórico-artístico durante la Guerra Civil (1936-1939)*, Santander, Universidad de Cantabria.
- SANS TRAVÉ, JOSEP MARIA (2010): *El monestir de Santa Maria de Vallbona. Història, Monaquisme i Art*, Lleida, Pagès editors.